

## Primera consideración

### DESHACER LA AMÉRICA

*Donde se narra cómo América Latina desapareció de los mapas, cómo sus dictadores y guerrilleros pasaron a mejor vida y se llevaron consigo el horror y la gloria, cómo el realismo mágico fue sepultado en la selva y cómo esta milagrosa y tórrida región se torna cada día más difusa, más aburrida, más normal*

## 1. EL INSOMNIO Y EL SUEÑO

La tos le desgarran los músculos, como si el pecho se le partiese en dos: son las cuatro de la madrugada y el Libertador —así lo llaman— no logra conciliar el sueño. Hace días que no duerme bien, al menos desde que se embarcó en este penoso descenso por el Magdalena. Más cansado que nunca, se deja caer sobre el lecho, se concentra y cierra los párpados con fuerza. No puede dormir. La lucidez lo destroza. O la rabia. O la amargura. En la intimidad de la noche, mientras los demás pasajeros perciben el fúnebre rumor de las olas, la impertinencia de las cigarras o la escandalosa sinfonía de la selva, sus oídos se estremecen con el eco de quienes lo vitorearon o insultaron durante sus años de gloria (si bien no distingue las palabras). Las voces estallan en su cabeza, brutales, hasta aniquilar su letargo. El miserable intenta no pensar, de qué le serviría ya ahora, pero el bullicio en su cabeza lo tortura: nada queda, en efecto, de su obra. Si acaso llegase a esquivar la muerte, sería para abandonar estas tierras, esta vez para siempre, sin haber afianzado su deseo: una América española libre, una América española uni-

da, una América española próspera. Y, no menos importante, una América española cuyo timón le habría sido confiado.

Un alma piadosa le tiende un poco de té: el Libertador da unos sorbos, asiente con la faz devastada y, contrariado, acomoda la nuca sobre la almohada. Su sueño —suyo y de nadie más— es una ruina. Quizá siempre lo fue. Imposible gobernar un territorio tan vasto. Imposible domeñar pueblos tan agrestes, tan traicioneros, tan ingratos. Su fe, ahora lo sabe, se decantó en pesadilla. Bolívar se refocila entre las sábanas empapadas de sudor y por un instante imagina el futuro: cien, doscientos años después de su muerte. Atisba un mapa, formas difusas, luego alguien que pronuncia su nombre. Pero la tos lo doblega y lo arranca del delirio. Por fortuna la quinta de San Pedro Alejandrino no queda ya muy lejos, o al menos eso le han dicho para apaciguar sus temores. Tal vez allí, en compañía de sus últimos fieles, al fin podrá dormir.

## 2. A VUELO DE PÁJARO

*Santa Cruz de la Sierra, agosto de 2005*

Cuando les confieso a mis amigos mexicanos que me dispongo a pasar unos días en Santa Cruz, sus rostros no reflejan asombro: simplemente no tienen la menor idea de dónde se encuentra ese sitio y carecen de cualquier tópico al cual aferrarse. Con ese nombre evangélico y castizo bien podría ser un pueblo remoto de Guatemala, Venezuela o el propio México. Ninguno imagina que se trata de la ciudad más boyante de Bolivia porque ningún otro mexicano que conozca, salvo un par de curtidos diplomáticos, ha pisado jamás su territorio. Lo reconozco: hace apenas unas semanas

estuve por primera vez en La Paz y Cochabamba, invitado a un congreso por mi amigo Edmundo Paz Soldán —el Dante de las letras bolivianas, decía con cálida sorna Roberto Bolaño—, y hasta entonces tampoco sabía nada de Santa Cruz de la Sierra. Ni, para el caso, de Bolivia. Para mis compatriotas dirigirse allí resultaría tan exótico como viajar a Kazajstán, Botsuana o la Luna. La comparación no es exagerada: La Paz bien podría pertenecer a otro planeta. Enclavada en el fondo de una olla rojiza en el corazón de los Andes, a más de 3.000 metros de altura, rodeada —sería mejor decir sitiada— por las agrestes barriadas de El Alto, con salientes rocosas que lo asaltan a uno en cualquier bocacalle y una organización urbana que no es tanto caótica como extraterrestre, la capital del país no se parece a ninguna otra urbe que conozca. Aquí los conquistadores y después los gobernantes criollos no se instalaron en las colinas, sino que prefirieron establecerse en medio de esta trampa mortal sin prever que con el tiempo los suburbios y chabolas terminarían por acordonarlos. Pocas ciudades tan fáciles de asfixiar como ésta: basta bloquear con unas cuantas piedras las cuatro o cinco vías que conducen a la hondonada donde vive la clase media y alta, como en efecto hicieron las tropas cocaleras de Evo Morales en 2003, para aislar a sus habitantes del mundo exterior. La consecuencia fue la prevista: el impetuoso presidente Goni Sánchez de Losada envió a la fuerza pública a romper el sitio con el trágico saldo de varios muertos y decenas de heridos, abriendo las puertas para que este país abrumadoramente indígena contase por primera vez con parlamentarios incas y aimaras y, a la larga, con un presidente de esta etnia, el propio Morales.

Pero ahora no pretendo analizar el nuevo indigenismo latinoamericano, sino dejar constancia de mi viaje a Santa Cruz, esa ciudad remota, tan distinta por no decir opuesta a La Paz, esa ciu-

dad plagada de nuevas construcciones, casinos y antros de juego que no oculta su inesperada riqueza. Los cruceños se distinguen por ser industriosos y avaros —un poco como los regiomontanos de México o los catalanes— y las mujeres, blancas o morenas claras, tienen la obvia fama de ser las más hermosas del país. Aunque pasé diez días en aquellas tierras, bastante más de lo previsto, no recuerdo ningún rasgo distintivo de este lugar enclavado en el corazón mismo de América del Sur. Y quizás esta falta de señas de identidad sea su rasgo distintivo: una ciudad moderna, estable, funcional, no demasiado hermosa ni folclórica, sin apenas centro histórico o edificios coloniales, una ciudad normal, vamos, lo cual es ya una anomalía en esta parte del mundo. Al llegar me entero, sin embargo, de que en unos cuantos días está programada una huelga general. El objetivo es, como de costumbre, protestar contra las políticas centralistas de La Paz, la distante capital que es percibida como una amenaza indígena frente a la orgullosa tradición criolla de Santa Cruz (y eso que todavía quedan lejos la presidencia de Morales y las reivindicaciones autonomistas de la provincia). Paso unos días apacibles deambulando por las calles y mercados de la ciudad, sin mucho que hacer, en espera del gran día. A diferencia de mi país, donde las huelgas se han extinguido gracias a la dócil corrupción de nuestros líderes sindicales, aquí todo el mundo se toma la cosa muy en serio. Una huelga general es —nadie lo creería en México— una huelga general. En otras palabras: nadie trabaja y, lo más sorprendente, nadie puede salir a la calle en automóvil bajo amenaza de terminar con el parabrisas apedreado. Como adelanto de lo que habrá de pasar en mi ciudad en poco tiempo, toda Santa Cruz se convierte, por un día, en espacio peatonal. Los niños juegan fútbol en los bulevares, se instalan puestos de comida en las esquinas, la gente se conforma sin

dificultad a esta brusca modificación de sus costumbres. Finaliza el inaudito día de fiesta y los cruceños vuelven a sus casas. Poco a poco la cadena de protestas cívicas, paros y huelgas dejan de ser percibidos como interrupciones o molestias y se convierten en la única vida cotidiana posible en América Latina.

*Caracas, abril de 2006*

No, no pienso hablar de Chávez. No todavía. Pésele a quien le pese, hay otras figuras en América Latina más allá de los monstruos o fantoches que llenan las primeras planas: jugadores de fútbol, narcotraficantes y odiosos —odiosísimos— políticos. Prefiero hablar de estos muchachos. Cien, ciento veinte jóvenes que se reúnen a trabajar todos los días, llenos de entusiasmo. Una de las pocas experiencias que devuelven la confianza en el futuro de la humanidad. Vaya, incluso en el futuro de América Latina. Algunos se concentran, serios y distantes, pero la mayoría sonrío: en vez de pedir limosna, un mulato resopla como un fuelle; en vez de operarse las tetas o soñarse Miss Venezuela, una chica blanca, rubia, bellísima, digita un acorde perfecto; un chico de rasgos indígenas, de no más de veinte años, mira al frente y, a una seña mínima de otro, da un certero golpe de timbales; olvidando su lugar de nacimiento, donde lo normal es matar o hacerse matar antes de los veinte, un gigante ejecuta un solo como un ángel. Las historias de estos muchachos bastarían para romperle el corazón a un amante de las telenovelas o entusiasmar al crítico más severo: bailan al unísono, se dejan conducir por el ritmo, atacan las notas con afinación de atletas, gozan al transfigurar los pentagramas. Uno pensaría que esto sólo podría ocurrir

en Alemania o en Austria, esas naciones que, pese a su pasado de barbarie, aún se imaginan como monopolios de la música clásica. No, estamos en Caracas, ciudad tropical, deslavazada, turbulenta, caótica; en el país de Chávez y sus horrisonas arengas radiofónicas (perdón, anuncié que no hablaría de él, y aquí estoy), en una sala digna del primer mundo, con una orquesta sinfónica de primer mundo —es así, sin titubeos—: la Simón Bolívar, dirigida por el carismático, enjundioso Gustavo Dudamel. No importa si se lanzan sobre Beethoven, Mahler o el *Danzón n.º 2* del mexicano Arturo Márquez: la fiebre es la misma, el compromiso, el éxito. No todo es salvaje, burdo, corrupto en América Latina. No todo está crispado en Venezuela. Existen, al menos por el tiempo que dura un *adagio* de Schubert, la comunión, la solidaridad, el consenso. Parece haber, incluso, cierto compromiso tácito: los músicos no hablan de política mientras que los políticos —difícil olvidar quiénes son los políticos venezolanos— no se meten con la orquesta. José Antonio Abreu, fundador del sistema, sin duda uno de los proyectos sociales y culturales más valiosos de la región, no se lleva a engaño: su tarea es rescatar de la pobreza o el desencanto a miles de adolescentes gracias a los cientos de orquestas que ha fundado a lo largo de todo el país. Los mejores terminarán, como Dudamel, en la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar. Y de allí saltarán, como Dudamel, a Berlín, Los Ángeles o Salzburgo. Grabarán para Deutsche Gramophon. Se convertirán en estrellas del mundo clásico. Los otros quizá nunca abandonen sus pequeñas orquestas regionales, o las abandonen para integrarse a proyectos menos glamurosos pero igual de relevantes: el trabajo en el campo, la educación, qué sé yo, la medicina. No importa: gracias a Abreu, y gracias a Mozart o Revueltas, habrán escapado de la marginación y habrán aprendido los placeres del trabajo en equipo. Unos

y otros demostrarán, día con día, que no todo está perdido. Que, más allá de las insulsas arengas de los políticos, América Latina aún tiene esperanzas.

*México, julio de 2006*

Camino, azorado, entre los puestos de fritangas, los talleres de macramé y pintura al aire libre, las cocinas económicas, los televisores hábilmente enchufados a los postes de luz, las caricaturas, los eslóganes —algunos graciosos, otros groseros o insultantes— y las eventuales peroratas de los dueños del tinglado: un paseante más entre la multitud de vendedores, activistas y simples curiosos que atestiguan este espectáculo único en los anales de nuestra motorizada capital. Nos flanquean las sombrías estatuas de nuestros próceres, pero no soy capaz de reconocer la identidad de ninguno de esos sujetos barbados, severos, de levita, que miran con más asombro que desaprobación el gigantesco tianguis montado a sus pies. La frondosa ruta fue diseñada por el barbudo mayor, el efímero Maximiliano I, con clara conciencia de los usos del poder: la fastuosa avenida, los Campos Elíseos mexicanos, debía conducirlo desde el Castillo de Chapultepec, su idílica residencia en lo alto del monte, hasta los turbulentos salones de Palacio Nacional, en el Zócalo, ombligo de la nación desde 1325. Si uno tiene la suficiente paciencia, puede realizar la caminata en poco más de una hora, con la posibilidad de admirar las huellas de dos siglos de aventuras patrias y observar, de paso, la intimidad de los mexicanos en su hábitat.

Un corro de niños escucha la triste historia del fraude electoral; unas señoras uniformadas de amarillo —el color oficial de

cional bonhomía mexicana reconvierte las tiendas de campaña en una suerte de feria, un espacio para traer a la familia y pasar muchas horas de sana diversión cívica. Para los organizadores, el bloqueo sirve para poner en evidencia a los dos Méxicos enfrentados tras las elecciones: a los lados, en las aceras, los luminosos y un tanto impúdicos rascacielos donde se congrega el poder económico y desde cuyos balcones los ricos observan, temerosos, el movimiento de esos hombres a los que no sólo ven, sino tratan como hormigas; en medio de la calle, en contraste, deambulan los otros, los invisibles, los revoltosos, esa parte de la sociedad que las televisoras silencian y su mesiánico líder manipula o enardece —aunque luego dirá que quiso apaciguarlos—: los pobres, ultrajados ante el fraude que le ha arrebatado la presidencia a su candidato.

Unas semanas atrás, Luis Carlos Ugalde, presidente del Instituto Federal Electoral, compareció ante las cámaras para decir lo que todo el país, y sobre todo él mismo, más temían. O para no decirlo. Pese a la legendaria eficacia del sistema de cómputo, bendecido una y otra vez por las autoridades mexicanas, Ugalde se limitó a balbucir, en un tono entre fanfarrón y aterrado, que la contienda entre Felipe Calderón y Andrés Manuel López Obrador era tan cerrada que no estaba listo para ofrecer resultados preliminares. El razonamiento era un tanto pueril: aun si el conteo rápido señalaba una diferencia mínima —menor del 0,5 por ciento, como se comprobaría después—, un funcionario responsable, consciente de la tendencia nacional a percibir conspiraciones en cada esquina, hubiese señalado los límites de la competencia, incluso si uno de los candidatos aventajaba al otro por diez votos, o por tres, o por uno. En vez de ello, Ugalde y los demás consejeros prefirieron callar hasta el día siguiente, despertando las comprensibles dudas del público y dando pie a que López Obrador, nunca amante de

las buenas maneras ni de las instituciones —a las que no tardó en mandar al diablo—, contase con elementos para justificar sus descalificaciones y bravatas. Esa misma noche, esa noche blanca, debió ocurrírsele a alguno de sus ingeniosos estrategias que la mejor forma de presionar a las autoridades sería instalando un gigantesco mercado de pulgas en el Paseo de la Reforma. Daba lo mismo que las instituciones electorales tuviesen su sede a decenas de kilómetros, en el extremo sur de la ciudad: lo importante, debió argumentar el lúcido estratega, era el simbolismo, cortar la ciudad de México, y por tanto el país, justo por la mitad, como el mago que serrucha a una mujer por la cintura. No discutiré si López Obrador tenía razón o no en su iracundo cuestionamiento —más adelante dedicaré varias páginas al delicado equilibrio de nuestras democracias—; sólo quisiera dejar esta estampa en la mente de los lectores: la ciudad más grande del mundo paralizada durante semanas, en un caos inimaginable, con millones de ciudadanos afectados, y una sola calle, el mítico Paseo de la Reforma, transformada en esa utopía de solidaridad, armonía, convivencia vecinal y compromiso con que sueña hoy buena parte de la izquierda latinoamericana.

*Santiago de Chile, enero de 2007*

Todo el mundo, los taxistas y los universitarios, los tenderos y los artistas, los funcionarios y los policías, los profesionistas y los albañiles, hablan de lo mismo. Todo el tiempo. Todo el día. Chile lleva demasiados años creyéndose en camino ascendente hacia el primer mundo —el justo pago luego de tantas décadas de barbarie—, como para despertar convertida en una nación bana-